

## CAPÍTULO 1

**H**ay personas que son simples por haber vivido demasiado tiempo con los pies en la tierra y otras que lo son por haberse mantenido siempre al margen del mundo.

La señorita Hilda Baker no era una mujer ni inteligente ni sofisticada, pero llevaba veintiún años ganándose la vida en el taller de una pequeña firma de patronos de moda en el West End londinense, se compraba la ropa en grandes almacenes y gastaba una parte de las tres libras y quince chelines que ganaba a la semana en acudir a los más famosos teatros de Londres.

Pero aunque estuviera rodeada de museos y galerías de arte, lugares donde relajarse o sitios históricos que visitar, la señorita Baker vivía como un ratón en su ratonera y llevaba veintiún años yendo y viniendo de su casa al taller de Reubens House, en el Strand, sin que su rostro moreno hubiera sufrido demasiado los estragos del tiempo.

Vestía con un pulcro mal gusto y le encantaba lucir feos sombreritos y pequeños collares igualmente espantosos. Procuraba arreglarse mucho, pues decía que en los negocios era necesario invertir

en uno mismo para tener un aspecto elegante y que las mujeres se debían a sí mismas el ponerse guapas; cada temporada planeaba su nuevo guardarropa y, aunque nunca llegaba a comprar nada, disfrutaba con los preparativos.

La señorita Baker no soñaba en secreto con la belleza ni con el amor ni ansiaba una vida más plena. Nunca había paseado por bonitos jardines que no fueran parques públicos ni había besado apasionadamente a un hombre en los labios. Nunca pensaba en Dios y apenas se interesaba por cuestiones de sexo o de reproducción. Como era huérfana y tenía pocos amigos, vivía en una habitación alquilada.

La gente sensible e inteligente se negará a creer que la señorita Baker pudiera ser feliz. Sin embargo, lo era.

Durante aquellos veintiún años se las había arreglado para ahorrar ciento ochenta libras de un salario que había ido aumentando progresivamente de ocho chelines (cuando sus padres aún vivían) a tres libras y quince chelines a la semana. Más tarde, cuando tenía treinta y ocho años, un tío que era propietario de un pequeño colmado murió y le dejó en herencia doscientas libras, que ella no dudó en ingresar en su cuenta de ahorros y de las que prácticamente se olvidó al no saber en qué emplearlas.

A la señorita Baker, trescientas ochenta libras le parecían una fortuna (y, sin duda, lo eran, si uno deja de pensar frívolamente en el dinero y repara en que esa cantidad es suficiente para proporcionarle a uno techo y comida durante mucho tiempo).

—Estoy bastante preocupada —le dijo la señorita Baker a su amiga la señorita Worrall, la encargada del taller, cuando ambas estaban sentadas en el Lyons Corner House de Charing Cross un sábado por la tarde, varias semanas después de Navidad, tras haber asistido a una representación de Ronald Colman en el Tivoli—. Trescientas ochenta libras es mucho dinero. Creo que tendría que hacer algo con ellas.

—Yo no me preocuparía —dijo la señorita Worrall, que envidiaba las trescientas ochenta libras de la señorita Baker y pensaba que su amiga no era consciente de la suerte que tenía—. Creo que es fantástico. ¿Has pensado, Hilda, que si mañana te despidieran podrías vivir sin apuros durante meses?

—Temo que se me vaya de las manos —dijo ominosamente la señorita Baker—. Lo típico, un poquito por aquí, un poquito por allí y, cuando te quieres dar cuenta, te lo has gastado todo y no sabes en qué. Como pasa a veces cuando vas de compras.

—Deberías viajar al extranjero —sugirió la señorita Worrall.

—Ya lo hice una vez. Uno de esos viajes organizados de Lunn,<sup>1</sup> hace ocho años, ¿te acuerdas? No puedo decir que disfrutara mucho, la verdad. Ginebra no estuvo mal, pero los demás sitios me resultaron tan chocantes... No había nada que hacer salvo ver cosas continuamente. Por poco besé el suelo cuando llegué a casa. Como en casa de una, en ningún sitio. Además, Lily, si me fuera al extranjero, perdería el trabajo. Y tal y como están las cosas hoy en día...

—A lo mejor te guardaban el puesto. Eres la que lleva más tiempo en el taller.

—¿Tú crees? —preguntó la señorita Baker, dejando un penique bajo su plato para la camarera. La señorita Worrall, sin embargo, dejó dos. Ella ganaba cuatro libras y quince chelines a la semana y administraba sus propinas en consecuencia.

—Bueno... ¿Quién sabe?

—Yo lo sé. Y te digo que no lo harían. Además, yo no quiero hacer ningún viaje al extranjero. ¿Para qué quiero gastarme un dineral en ver cosas?

1. Se refiere a la famosa compañía Lunn Poly, que durante la primera mitad del siglo xx fue una de las agencias de viajes más importantes del Reino Unido, especializada en *tours* alpinos.

—Pues cómprate un cochecito.

—No sé conducir.

—Si yo fuera tú, me lo gastaría en ropa —resolvió la señorita Worrall con voz suave, voluptuosa y satisfecha. La señorita Worrall iba más recargada de ropa y abalorios de lo que cualquiera habría imaginado en una mujercilla de su estatura, pero a ella no debía de parecerle suficiente. «Lily tiene un gusto exquisito para la ropa, pero va demasiado emperifollada para mi gusto», pensaba la señorita Baker de su amiga.

—Oh, bueno... , tengo que pensarlo, eso es todo —respondió la señorita Baker.

Se separaron sin haber decidido qué hacer con el dichoso dinero: la señorita Baker se coló a toda prisa en el metro que habría de llevarla de vuelta a Camden Town y la señorita Worrall regresó a Catford, donde vivía con su anciana madre, con la que no dejaba de reñir de la mañana a la noche.

La señorita Baker siguió dándole vueltas al tema del dinero durante los días siguientes.

Sin embargo, lo que pasaba por su cabeza difícilmente podría considerarse auténticos pensamientos. Un batiburrillo de exclamaciones del tipo «¡Oh, qué buena idea!» o «¡Ay, eso no podría soportarlo!» torpedeaban su mente, pero no llegaban a cristalizar en ninguna decisión. Continuó pensando en el maldito dinero hasta que se convirtió en una molestia. Y por si fuera poco quebradero de cabeza, se puso en medio de una corriente de aire que se colaba en la calurosa sala de corte y le dio una terrible neuralgia. O eso pensó ella, aunque la señorita Worrall (a quien le encantaba que ocurrieran cosas emocionantes y desagradables) le dijo que sin duda se trataba de una caries en alguna de las últimas muelas superiores y que debía ir al dentista para que se la examinara porque probablemente tuviera que sacársela. La señorita Worrall esperaba que así fuera, aunque, claro, eso no se lo dijo.

De modo que una tarde la señorita Baker pidió permiso para salir una hora antes del trabajo con la intención de ir a ver al dentista, y allá que se fue.

No estaba precisamente como unas castañuelas.

En parte porque le dolía horrores la cara y en parte porque sabía que tenía que hacer algo con el dichoso dinero y no sabía qué. Pero también porque hacía una tarde de perros, tan oscura y tan desesperadamente invernal que los escaparates de las tiendas y las calles parecían iluminados para desafiar a la noche, como si el sol se hubiera puesto para siempre y el mundo estuviera condenado a iluminarse de manera artificial hasta el fin de los tiempos. Para colmo, llevaba todo el día lloviendo y los paraguas y los gruesos abrigos apestaban a humedad, y todo el mundo se abría paso a codazos en los autobuses y en el metro.

«Ay, Señor, qué ganas tengo de llegar a casa», pensó la señorita Baker enfadada, agarrada a uno de los asideros que colgaban del techo del vagón.

La consulta del dentista se encontraba en Camden Town, en una esquina cercana a su casa. Llegó puntual y se sentó en la sala de espera junto a otras dos o tres personas visiblemente molestas y asustadas, aguardando su turno y ojeando los chistes de la revista *The Humorist*. En la mesa también había un ejemplar de un periódico de seis peniques titulado *Town and Country* y la señorita Baker lo cogió con la esperanza de encontrar alguna buena historia en su interior. Le encantaban las historias.

No halló ninguna interesante, pero, entre otros artículos, se fijó en una columna titulada «La mano amiga».

Debajo de este encabezamiento se explicaba cómo asociarse con otras personas según los datos aportados por una tal Phoebe, que dirigía esta columna desde la intimidad de una oscura bocacalle de Holborn. Ella era quien ponía en contacto por carta a mujeres solteras sin formación pero capaces con señoras emprendedoras que

disponían de algún capital, y las iniciaba en una prometedorra carrera criando pollos en St. Ives o regentando una tienda de artesanía en Newcastle-on-Tyne. La susodicha Phoebe nunca sabía (salvo algunas veces en que se enteraba por casualidad al cabo de muchos años) si la asociación había sido un éxito o si las señoras se habían tirado de los pelos a la media hora de conocerse. Ella era capaz de llevar a las lectoras del *Town and Country* al éxtasis o a la desolación, pero permanecía (tal vez por prudencia) invisible y anónima.

Como es lógico, la señorita Baker leyó «La mano amiga» con la mente puesta en su dichoso dinero ahorrado; ya se le había ocurrido antes que podía emplearlo en algo por el estilo.

No encontró ninguna propuesta interesante hasta que llegó a la número 7, que decía:

A una lectora que posee una enorme casa amueblada cerca de Reading le gustaría conocer a otra dama, con algo de capital, para convertir la mansión en una casa de huéspedes. Esta lectora asegura que la casa está a tiro de piedra de Reading en autobús y sugiere que muchos de los estudiantes de la Universidad de Reading estarían encantados de vivir en una preciosa campiña como esta, a las afueras de la ciudad. La casa dispone de un inmenso jardín. Si hay alguna lectora interesada, que por favor escriba al apartado de correos E. A. P. de esta oficina y estaré encantada de remitir su carta a la lectora que vive cerca de Reading.

Nada más terminar de leer, la señorita Baker levantó la cabeza y echó un largo y descarado vistazo a la sala de espera. Varios de los presentes la miraban con esa desesperación con que la gente suele mirarse en las salas de espera de los dentistas, pero a ella no le importó lo más mínimo. Arrancó el párrafo en cuestión, lo dobló, se lo metió en el bolso y volvió a dejar el ejemplar del *Town and Country* sobre la mesa.

Todo el mundo se quedó atónito, pero nadie tuvo ánimo suficiente ni siquiera para enarcar las cejas y, como era el turno de la señorita Baker, se levantó, la enfermera la acompañó a la consulta y nadie más volvió a saber de ella aquella noche.

Cuando llegó a casa (no tenía nada en la muela y efectivamente la neuralgia la había provocado la exposición a la corriente de aire), se dispuso a escribirle a la señora que vivía a las afueras de Reading.

Lo hizo sin pensar. Algo se apoderó de ella, eso tuvo que ser, como más tarde le confesaría a la señorita Worrall.

Le contó a aquella señora que disponía de algún capital, sin especificar cuánto, y que le gustaba la idea del inmenso jardín y de los estudiantes. Dijo que su madre había regentado una casa de huéspedes en Wandsworth durante treinta años y sugirió que lo llevaba en la sangre, y le dijo, concluyendo, que dejaba el asunto en sus manos.

Cuando envió la carta, se quedó más tranquila: por fin había hecho algo con el dichoso dinero.

—Seguro que no eres la única que le escribe. Para estas cosas, la gente sale de debajo de las piedras —dijo la señorita Worrall cuando su amiga le contó lo sucedido—. O mucho me equivoco, o no volverás a saber de ella. Y si no, al tiempo.

—No todo el mundo tiene trescientas ochenta libras para invertir (bueno, en realidad son trescientas setenta y nueve libras con dieciséis chelines, saqué cuatro chelines que me hacían falta a finales de la semana pasada) —replicó la señorita Baker—. Te apuesto lo que quieras a que vuelvo a tener noticias tuyas.

Y así sucedió al cabo de una semana, durante otra tarde igualmente oscura en que se había ido corriendo a casa a ver si se le aliviaba la neuralgia, que no le daba tregua.

La carta llegó con el correo de las nueve. La señorita Baker, que se hallaba sentada junto a una pequeña estufa de gas remendando sus medias, oyó que el cartero llamaba a la puerta y bajó a ver si había traído algo para ella.

Una carta yacía sobre el felpudo, muy blanca en la negrura del angosto recibidor. La señorita Baker la recogió y comprobó que, en efecto, iba dirigida a ella.

—Oh, no la olvida, es de los tipos fieles —dijo su casero, el señor Peeley, que había surgido de las profundidades para ver si había alguna carta para él—. ¿Para cuándo la boda? —El señor Peeley llevaba quince años gastándole la misma broma, el tiempo que la señorita Baker llevaba viviendo en casa del señor y la señora Peeley. La señorita Baker respondió que para el 5 de noviembre, o si no para el 1 de abril del año siguiente,<sup>2</sup> y subió las escaleras con la carta en la mano para encerrarse en su habitación.

Volvió a acomodarse junto a la renqueante estufa de gas y se quedó mirando el sobre durante un instante antes de abrirlo. Era gris, al igual que la delicada caligrafía.

El matasellos rezaba «Bassett».

Nunca había oído hablar de aquel lugar, pero, como no reconoció la letra, concluyó que debía de tratarse de la señora que vivía cerca de Reading y la abrió emocionada.

La Torre  
Crane Hill  
Bassett, Bucks

Estimada señorita Baker:

Después de considerarlo *detenidamente*, estimo que su carta es la más *adecuada* que he recibido tras publicar el anuncio en el *Town and Country*. *Estoy segura de que nuestro proyecto podría ser un éxito.*

2. El 5 de noviembre se celebra la Noche de Guy Fawkes o Noche de las Hogueras. Conmemora el fracaso del atentado del 5 de noviembre de 1605, la Conspiración de la Pólvora, con el que una facción de católicos, entre los que se encontraba Guy Fawkes, intentó destruir la sede del Parlamento en Londres. El 1 de abril vendría a ser el equivalente a nuestro Día de los Inocentes.



No exagero. Algunas de las cartas eran *absolutamente inadecuadas*. Había una de un tal Arthur Craft en la que me decía: «Autobuses frecuentes pero ¡¡¡una *buena caminata* hasta ellos!!!». Hoy en día una ya no sabe qué hacer. ¡El señor Craft sugirió que montáramos un *Club*! Hay unas vistas estupendas desde la casa y tengo un calentador de agua. Tal vez podríamos reacondicionar la pista de tenis en el campo de detrás de la casa. Estamos a 6 millas de la estación, pero los autobuses paran a los pies de la colina. He pensado que podríamos alojar a indios (no a negros, claro). ¿Cree que deberíamos incluir el té de la tarde? Yo creo que no. Quizá le apetezca escribirme contándome sus impresiones o, aún mejor, ¿por qué no viene usted un sábado? Lo más fácil es ir hasta Reading y coger el autobús. Si nos encontráramos en la ciudad, yo puedo esperarla a las tres y media donde el reloj de la estación. Si el sábado no le conviene, ponga usted el día. (Me temo que este sábado no me viene bien, tengo mi I. M.)<sup>3</sup> Pero tenga en cuenta que cierran los sábados por la tarde. Confírmeme a vuelta de correo a ser posible si se reunirá conmigo según lo previsto.

Atentamente,  
Eleanor Amy Padsoe

P. D. La casa está en terreno arcilloso, aunque parte es piedra caliza. ¡¡¡Muy saludable!!!

3. Los Institutos de la Mujer (Women's Institutes o W. I. en inglés) son organizaciones comunitarias de mujeres. Adelaide Hoodless creó este movimiento en 1897 en Ontario, Canadá, y pronto se extendió por todo el país. En Europa, el primer encuentro se celebró en Inglaterra y Gales en 1915 y tenía dos objetivos primordiales: revitalizar las comunidades rurales y animar a las mujeres a que se involucraran más en la producción de alimentos durante la primera guerra mundial. En la actualidad, los Institutos de la Mujer desempeñan un papel crucial al proporcionar a las mujeres oportunidades educativas y la posibilidad de desarrollar nuevas habilidades, formar parte de un amplio abanico de actividades y hacer campaña en temas de importancia para ellas y para sus comunidades.

La señorita Baker leyó la carta un total de tres veces. Estaba un poco perpleja.

Cualquier persona que se hubiera ganado la vida en Londres durante veintiún años, como ella, habría aprendido a comportarse como una rata escurridiza. Sabría moverse rauda y veloz de acá para allá, ir de un salón de té a otro, subirse a los autobuses y apearse de ellos e idear pequeños planes (¡rat-tat-tat!) con la eficiencia de un expendedor de billetes automáticos de la estación de metro de Leicester Square. Cuanto más humilde y corriente fuera la persona, más necesarias le resultarían estas habilidades para vivir. Mentalmente tal vez fuesen simples como una margarita, pero físicamente eran hábiles como las ratas, entrando y saliendo con disimulo de sus ratoneras londinenses.

Así era la señorita Baker, de modo que no era de extrañar que la carta de la señorita Padsoe la dejara desconcertada. Murmuró para sí que no entendía ni jota de lo que había leído. Un turbio pensamiento asaltó su mente: ¿no estaría la señorita Padsoe un poco chiflada?

«En cualquier caso, lo mejor será que vaya el domingo y pruebe suerte —decidió, preguntándose qué sería aquello del I. M. de la señorita Padsoe—. Y si no está, pues no está, y listo. Por probar no se pierde nada. Además, me vendrá bien un cambio de aires.»

Cogió el bloc de cartas y escribió muy decidida a la señorita Padsoe anunciándole que iría a verla el domingo por la mañana, pero que no debía molestarse en preparar nada de almuerzo porque desayunaría fuerte. (Lo dijo solo por educación.) Hablarían de todo cuando se vieran. Le puso un sello a la carta (la señorita Baker era una de esas personas que siempre tienen sellos) y salió corriendo a echarla al correo.

La noche se había vuelto más gélida que cuando había llegado a casa a las seis y media. En las calles de Londres se respiraba un olor a puro frío, mezclado con el del humo y el de las piedras húmedas:

era el olor de la nieve que se avecinaba desde las estepas rusas. Los periódicos pronosticaban que el fin de semana nevaría en toda Inglaterra.

La señorita Baker envió la carta y regresó a casa como una flecha para meterse en su camastro estrecho y desvencijado; había puesto cuatro cojines viejos sobre el colchón para ablandarlo un poco, pero no había servido de nada. Cuando apagó la estufa de gas, la luz de las farolas de la calle atravesó las cortinas y rebotó en la pared de su habitación provocando una desapacible claridad. Pero estaba acostumbrada a este tipo de cosas y ni siquiera el tintineo melancólico de los lejanos tranvías habría conseguido mantenerla despierta.

En Buckinghamshire, las hojas se iban cubriendo de escarcha poco a poco bajo el cielo sin luna. Las húmedas aceras de Londres se estaban helando. La nieve venía de camino.